

Gar. Señora, Teneos.
 Reina. ¡Cómo, traidor!
 Gar. Ya no hay mas voz que la mía:
 Para vos de este momento
 Es prision vuestro aposento.
 El rey aquí es Don García.
 Reina. ¡Miserable! ¿presa yo?
 Gar. Presa por el rey, por mí.
 Reina. ¿Tú rey de Navarra!
 Gar. Si.
 Ram., presentándose. ¿Rey? ¡Bah! todavía no.

ESCENA X.

LA REINA, DON GARCIA, DON RAMIRO.

Gar. ¡Ira de Dios, aquí tú!
 ¡Todo lo comprendo ya!
 Mas caro á costarte va
 Tu farsa de Belcebú.
 Ram. ¿Qué hará en mí vuestro furor?
 Gar. Velo pues.
 (Bajando hácia Don Ramiro, y abandonando la puerta.)
 Ram., á la reina. Abrid ahí.
 Reina, abriendo. ¡A mí, navarros, á mí!
 Sujetat á ese traidor.
 (Los caballeros sujetan á Don García.)

ESCENA XI.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, DON RAMIRO, CABALLEROS, PAGES.

Ram. Ya veis, la jugada es diestra:
 Vos á mi casa habeis ido
 A quemarme, y yo he venido
 A prenderos en la vuestra.
 Gar. Hombre fatal cuya sombra
 Va por dó quier que voy yo,
 ¿Quién del fuego te libró?
 Ram. Concibo lo que os asombra
 Mi presencia, Don García,
 Mas ya os dije mi poder.
 Gar. ¡Ay si llegas á caer
 En mis manos algun día!
 Ram. Vuestro corage presumo;
 Mas ¿qué os valdrá ese furor?
 De entre las manos, señor,
 Se va el diablo como el humo. —
 Humillaos; no hay mas medio, (Bajo.)
 Pues mientras yo ande en la danza
 No teneis otra esperanza,
 Ni hallareis otro remedio.
 Gar. No creo en la omnipotencia
 De que convencerme quierdes,

Mas, sierpe astuta, ¿quién eres?
 Ram. Soy...
 Gar. ¿Quién? ¿quién?
 Ram. Vuestra conciencia,
 Vuestra sombra, vuestro juez
 Mientras sigais vuestro empeño;
 Pesadilla en vuestro sueño,
 Y vuestra muerte tal vez.

(Va á salir y la reina le detiene.)

Reina. Teneos: vos por quien fué
 Hoy Navarra libertada,
 Decid ¿á quién obligada
 Quedo? ¿Quién sois?

Ram. No lo sé.

Reina. Mirad que en palacio entrado
 Os habeis bajo un disfraz,
 Y quien oculta la faz
 No muestra ser muy honrado.

Ram. Aun cuando fuera un bandido
 Quien tal beneficio os hace,
 Bien, señora, os satisfice
 Quien salvaros ha sabido.
 Si en vuestro palacio entrara
 Con el rostro descubierto,
 Al dintel le hubieran muerto
 Para que á vos no llegara.
 Y en fin recordaros quiero,
 En favor de mi persona,
 Que pues Don Sancho me abona
 Soy sin duda un caballero.

Reina. Teneis razon: é imagino
 Que en guardaros las tendreis,
 Mas si algo de mi quereis...

Ram. Sí, volvedme el pergamino.

Reina. Tomadle.

Ram. Y si en premio ahora

De mi lealtad le firmais...
 Reina. Si por cierto, ahí le llevais.
 Ram. Dios os lo premie, señora.
 Reina. Id en paz.

Ram. Y si algun día

Os hallais tan apretada,
 Que os haga falta una espada,
 Acudid, reina, á la mía.
 Paso, caballeros.

Reina. Paso

Al que en nombré del rey va.

Cortesanos. ¡Le abona el rey!

Ped. ¡Quién será!

Gar. ¡Ay Dios! mi desdicha acaso.

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS DON RAMIRO.

Reina. García, mientras envio
 A Don Sancho esta noticia,

En poder de la justicia
 Quedareis.

Gar. Fué sino mio
 Sucumbir, y aunque lo lloro,
 Puesto que el vencido soy,
 En sufrir sereno estoy
 Mi muerte, y á nadie imploro.
 Mas no olvideis, reina, vos,
 Que reos aparecemos
 Entrambos, y aun no sabemos
 Quien triunfará de los dos.

Reina. Nada teme la inocencia.

(Ruido y tumulto dentro.)

Mas ¿qué rumor...?

Gar. ¡Si habrá acaso

Mi gente arriesgado el paso
 Para salvar mi existencia!)
 (Se ve venir por el fondo un caballero
 armado (Melendo), con gente armada.)

ESCENA XIII.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, PAGES, GUARDIAS, UN CABALLERO (MELENDO).

Reina. ¿Quién tan sin miedo á la ley
 Atropella así el palacio?

Cab. Señores, haced espacio
 A la justicia del rey.

(A la reina.) Por Don Sancho de Castilla,
 De Navarra y de Leon,

Daos, señora, á prision.

Reina. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!

Cab. Reina, esta es mi obligacion.

Don Pedro Sesé, sed preso

En nombre del rey.

Ped. ¡Yo!

Cab. Vos.

en tanto que con mas seso

Se instruye vuestro proceso,

Gobernador por los dos

Nombra el rey á Don García.

Gar. ¡Oh! gracias, fortuna mia.

Reina. ¡Yo en público mancillada

Por el rey! Yo ante él culpada...

¡Santo Dios!

Gar. Ya os lo decia.

Reina. Aparta. Un Dios desde el cielo

La verdad mirando está,

Y á su tribunal apelo.

Gar., á la reina. Me pesa de vuestro
 duelo,

Mas es harto tarde ya.

Lo que he intentado me aterra,

Sé que nadie habrá en mi abono,

Y que mi suerte se encierra

Entre siete piés de tierra

Cavados al pié de un trono:
 Mas ya puesto ante su hondura
 A saltarla probaré,
 Si caigo... en mi sepultura;
 Mas si salto con ventura...
 ¡Oh! sobre el trono caeré.
 Melendo, esta misma sala
 La señalo por prision.
 Don Pedro Sesé á la torre,
 (A otro.) Vos sereis su guardador.
 (A otro.) Vos al punto con la gente
 De mayor satisfaccion,
 Buscadme por todas partes
 A ese villano impostor
 A quien la reina aquí mismo
 Un pergamino firmó.
 Corred: registradlo todo:
 No haya en Pamplona rincón
 En donde logre ese infame
 Salvarse de mi furor.

(Ruido dentro.)

¿Mas qué ruido es ese?

Arj., dentro. Paso.

Gar. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS, LUCAS DE ARJONA.

Arj. ¡Señor, señor!
 Gar. ¿Qué sucede?

¿Qué traes, Arjona?

Arj. Señor,

Luis Torras está ahí diciendo

Que con el secreto dió

De vuestro huésped de anoche.

Gar. Con quien Torras dar debió

Fué con él; viven los cielos!

Arj. Mas trae en cambio, señor...

Gar. ¿Qué trae?

Arj. Trae á una muger.

Héla aquí.

(Traen á Gisberga custodiada.)

ESCENA XV.

DICHOS, GISBERGA.

Gar. ¡Dios vengador,

Es ella! su muger.

Gisb. Sí,

Yo soy.

Gar. De ese vil traidor

Me responde tu cabeza;

Tú sabrás donde está.

Gisb. No.

Gar. Quién es ese hombre.

Gisb. Lo ignoro.

Gar. ¡Niegas!
Gisb. Sí.
Gar. Pues ¡vive Dios!
 Pronto hará polvo el tormento
 Toda esa resolución.
 Guardadla bien hasta entonces;
 Mas pasa el tiempo veloz
 Y es fuerza acabar cuanto antes.
 Arjona, sin dilación
 Que me ensillen el caballo
 Que el rey mi padre dejó,
 Que quiero que vea el pueblo
 Quién es su gobernador,
 Y los vasallos del rey
 Guarden al rey sumisión.
Reina. Traidor, ¿qué vas á intentar?
Gar. Eso no os ataña á vos,
 Señora. — Llevadla.

Reina. ¡Infame! (*Voces fuera.*)
Gar. ¿Aun hay mas?

ESCENA XVI.

DICHOS, UN CABALLERIZO.

Cab. ¡Señor, perdon!
Gar. ¿Qué es?
Cab. El caballo del rey
 Con el real caparazon
 Han robado en este instante
 Un etiope feroz
 Ayudado de otro hombre.
Gar. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!
Cab. Matáronlos á estocadas.
Gar. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!
 Ese demonio es tambien
 Del caballo el robador.
 Seguidle, y donde le halleis
 Matadle sin compasion. (*Vanse algunos.*)
 Mientras él viva, seguro
 Ni aun en mi sepulcro estoy.
 (*Aparece en el fondo un rey de armas
 con sus insignias.*)
 ¿Mas qué es esto? ¿Aqui un rey de armas?

ESCENA XVII.

DICHOS, UN REY DE ARMAS; DESPUES, EL REY DON SANCHE Y MELENDO.

Rey de armas. Paso, el rey me sigue en pos.
Todos. ¡Cielos, el rey!
Rey D. Sancho. Sí, señores;
 El rey en persona, yo.
Doña Nuña (á la reina), Don García (á este), Sesé (id.), daos á prision.

En sus cuatro torreones
 Tiene la torre mayor
 De mi alcázar cuatro encierros.
 Melendo, su guardia sois;
 Los tres, y esa otra muger
 Cada cual á un torreón.
 Ferrando, que mi consejo
 Se junte al punto.
Reina y Gar. ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! Llevadlos pronto,
 Vamos á ver ¡voto á Dios!
 Qué es lo que pasa en mis reinos
 Cuando de ellos falto yo.
 (*Los lleva. — El rey se pasea con el mayor
 desasosiego.*)

JORNADA TERCERA.

En la torre del alcázar de Don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, CERRANDO LA PUERTA DEL PRIMER TORREON DE LA DERECHA, PRISION DE LA REINA.

¡Tamaña tenacidad!
 O es muy grande su inocencia,
 O con osada impudencia
 Burlar al rey quiere audaz.
 En fin, cumplamos su ley,
 Pues ley es su voluntad.
 ¡Y Dios mire con piedad
 Los arrebatos del rey!
 (*Abre la puerta de la izquierda, por
 donde sale Don García.*)

ESCENA II.

DON GARCIA, MELENDO.

Mel. Salid, señor.
Gar. ¿Qué sucede,
 Melendo?
Mel. Que libre estais.
 El rey sus postreras órdenes
 Os quiere, príncipe, dar,
 Y en su aposento aguardándoos
 Tras breve espacio estará.
Gar. ¿Y la reina?
Mel. Todavía
 En silencio pertinaz

Se mantiene, y aun se niega
 Hasta con el rey á hablar.
Gar. Está bien.
Mel. ¿Puedo, señor,
 Serviros en algo mas?
Gar. ¿Dijo el rey que con alguno
 Pudiera comunicar?
Mel. Dijo que hasta hablaros él
 Podrian veros no mas
 Los escuderos que os sirven
 Si de ellos necesitais.
Gar. Traedme á Lucas de Arjona,
 Que con él me bastará.
Mel. Todo el dia importunándome
 Anduvo ese hombre tenaz
 Por entrar un punto á veros.
Gar. Es criado muy leal.
 Id por él: que al aposento
 Del rey me acompañará
 Dentro de breves momentos.
Mel. Que Dios os guarde.
Gar. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCIA.

¡Oh! la fortuna me ampara,
 Crédito el mundo me da,
 Libre estoy... mas ¡quien pudiera,
 ¡Ay de mí! volverse atrás!
 ¡Quién me diera, como una hoja
 De un árbol seco, arrancar
 Este dia de los tiempos
 Sin que volviera jamás!

ESCENA IV.

DON GARCIA, ARJONA.

Arj. Señor.
Gar. Arjona, ¿qué traes?
Arj. Buenas nuevas. Todo se ha
 Cumplido á pedir de boca.
 Pero dejadme admirar,
 Señor, vuestra perspicacia
 Y vuestra serenidad.
 Yo lo oia y lo dudaba,
 Y quien os viera explicar
 De esta rebelion la historia
 Delante del tribunal,
 ¡Vive Dios que la tuviera
 Por relacion tan veraz,
 Tan clara, tan innegable...!
Gar. Basta, Arjona, por piedad.
 ¡Ojalá que antes mi lengua
 Enmudeciera! ¡Ojalá
 Que un rayo me hiciera polvo
 Al concebir tal maldad!

Arj. ¡Señor...! ¿qué decis?
Gar. Arjona,
 Mientras me hizo vacilar
 El miedo y la incertidumbre,
 Y la ambicion infernal
 Me sostuvo, á todo osé;
 Mas la negra soledad
 De esa torre en que he pasado
 Todo el dia, á despertar
 Ha vuelto en mí la razon,
 Y holgárame, Arjona, asaz
 Para salir de esta angustia
 Algun camino encontrar.
Arj. Ya estais, señor, fuera de ella.
 Yo presenté al tribunal
 Los testigos que citásteis,
 Y aun con bastante afan
 Y harto temor, porque alguno
 Quisiera volverse atrás,
 Juramos lo que vos mismo
 Les quisisteis declarar,
 Y probamos que aquí obrásteis
 En virtud del poder real
 Que os dió en secreto la reina:
 Mas que su deslealtad
 Conociendo, al rey y al reino
 Quisisteis de ella guardar.
 Que sorprendiéndoos tambien
 Ella y Sesé vuestro plan
 En su antecámara misma
 Os iban á asesinar,
 Habiendo comprado el brazo
 De un vigoroso gañan
 Con quien en secreto hablaron
 Antes de haceros llamar
 A su presencia, en su cámara
 Para mas seguridad
 La misma reina ocultándole:
 Todo lo que, si es verdad
 Que es una impostura grande,
 Nadie lo podrá negar,
 Porque todo el mundo vió
 Que estaba aquel Satanás
 Con el acero en la mano,
 Y con él pronto á lidiar
 Vos, señor, al mismo tiempo.
Gar. ¿Pero y ese hombre?
Arj. Ya está
 Tambien por mi buena industria
 Colocado en buen lugar.
Gar. ¿Preso tambien?
Arj. Nada de eso,
 Nadie con ese hombre da:
 Mas como yo le he colgado
 Con ellos grande amistad,
 Y han dicho todos que él solo
 Robó el caballo, ademas
 De matar á que servia

La caballeriza real,
Y con pase de la reina
Se salió de la ciudad,
Está condenado, á habérsele,
A la pena capital.
El rey además furioso
Del silencio que en guardar
Se obstinan Sesé y la reina,
Crédito mayor os da.
Y en fin, la junta y los grandes
Tan confundidos están,
Y las leyes tan explícitas
Que nada que temer hay.
Ya veis que en todo parece
De parte nuestra el azar.
Gar. Pero, Arjona...
Arj. ¡Qué, señor!
Gar. Aunque todo va derecho
A nuestro bien, de lo hecho
Me da espanto, me da horror.
Es mi madre.
Arj. Pero...
Gar. Di,
¿No habría mejor camino
Por donde echar su destino?
Arj. Hay uno, mucho que sí.
Gar. ¿Cuál? ¿cuál?
Arj. Que vos ante el rey
Declareis vuestra impostura,
Y cambiéis de sepultura
Con la reina.
Gar. ¿Esa es la ley,
Arjona?
Arj. No hay mas remedio.
Si os habeis vos de salvar,
Fuerza ha de ser derribar
A todo el que esté por medio.
La pena del acusado
Cae en el acusador
Si sale aquel vencedor,
Con que morireis quemado.
Gar. Y tú, tú que tantas trazas
Hallas siempre para todo,
Me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas
El alma, Arjona!
Arj. Señor,
Me estais confundiendo y callo,
Porque remedio no os hallo
Si os falta vuestro valor.
Gar. No son de pavor, Arjona,
Los pesares que me oprimen;
Es que veo que mi crimen
Pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
Que les impone mi encono,
Y que me espanta ese trono
Que con su sangre consigo.

Si huyéramos...

Arj. Imposible.
Gar. Ausente el acusador...
Arj. Fuera el peligro mayor
Para vos.
Gar. ¿Y no es posible,
Burlando la vigilancia
Del rey Don Sancho, fugarlos
Ambos á dos y ampararnos
De Cataluña ó de Francia?
Arj. Imposible, no hay camino
Que por el rey no se guarde,
Don García, y ya es muy tarde
Para torcer el destino.

Gar. De ese modo...
Arj. Es lo mejor
Que en el empeño sigais
Hasta donde mas podais
Con inflexible valor.
Si venceis, aun la esperanza
Teneis de calmar la ley,
Su vida pidiendo al rey.
Todo quien vence lo alcanza.
Gar. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace.
Seguiré pues que le place.
Vamos.

Arj. ¿Dónde?
Gar. Yo no sé
El rey me aguarda, á él me voy.
Lo que exigirá no sé,
Mas todo lo emprenderé
Segun sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
Y este afán, esta agonía,
No sé si es por vida mia
Furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
De mí, mas con tal afán
Que presumo que así irán
Los réprobos ante Dios.
Si, soplo infernal me anima,
De espíritu tan perverso
Que abriría al universo
A mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
Me arrebatara en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
Y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS, MELENDO.

Mel. El rey aguarda, señor.
Gar. Voy.
(*Vanse Don García y Arjona.*)

Mel. No sé qué de funesto
Revela ese hombre en su gesto
Que el mirarle da pavor.
Algun horrible secreto
Le acosa con saña fiera,
Porque si él el justo fuera
No anduviera tan inquieto. —
¿Mas ella...? ¡pobre muger!
En fin, por si la interesa,
Este escrito voy á priesa
En sus manos á poner.
(*Abre la torre en que está la reina.*)

ESCENA VI.

LA REINA, MELENDO.

Reina. ¿Quién es?
Mel. Señora, yo.
Reina. Mi carcelero.
Mel. Pésame de ello...
Reina. Gracias, caballero,
Cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto
Venis á hacerme?
Mel. Duéleme, señora,
Que me trateis así, cuando á ofreceros
Venía mi favor desde esta hora...
Reina. ¿Cómo?
Mel. Reina, escuchad : yo he
presenciado
Vuestro juicio, y he visto que os condenan
Las pruebas.
Reina. Falsas son, falsas, Melendo.
Mel. Señora, así lo entiendo,
Y á fé que me ha espantado ver á un hijo
Acusando á su madre, y no comprendo
Que tan noble cual vos una matrona
De su esposo manchara la corona.
Reina. ¿Eso mas?
Mel. Don García así lo dijo.
Reina. ¡Villano!
Mel. Que á Sesé con torpe audacia
Ofrecisteis el trono y en secreto,
Conspirábais los dos con tal objeto :
Que él os le sorprendió, y hecho á la parte,
No hallando otro remedio,
El rey tan lejos y él tan vigilado,
Alzó otro bando con silencio y arte
Para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
Y escandalosas tramas
Solamente á su rey descubriría
Y con testigos cien los probaría,
Dispuesto estando á mantenerse en todo
Y á mostrar sus servicios verdaderos
A voluntad del rey de cualquier modo.
Le oyó en secreto el rey Don Sancho : y
luego

De larga conferencia,
Salió iracundo y respirando fuego
Para firmar no mas vuestra sentencia.
Reina. ¡Gran Dios!
Mel. Interpusieron pronto ruego
Los grandes y prelados,
Mas por él con dureza rechazados,
Confirmaron sentencia tan estraña,
Midiendo sus razones por su saña.
Reina. ¿Así la lealtad de tantos años,
El amor y la fé Don Sancho olvida,
Crédito dando á pérdidas amaños?
Mel. Mas espera que vos...
Reina. Nunca, Melendo,
Antes mil veces perderé la vida.
Mel. Mas si inocente sois, una palabra
Decid que os justifique.
Reina. No la tengo,
Melendo ; en vano lidia
La inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
De esas acusaciones impostoras,
Mi lengua y mi razon se perdería ;
Y cayendo en un lazo preparado,
Mas criminal tal vez parecería.
Mel. Mas ved que quiere oiros.
Reina. Es en vano ;
Nada tengo que hablar : pues leyes tiene,
Que mi causa por ellas mida y vea,
Ellas dirán lo que á su honor conviene :
Y si él mal las emplea,
A Dios responda cuando tiempo sea.
Asi se lo direis. Soy inocente
Y justificacion no necesito,
Y si cree el universo en mi delito,
Ante su Dios el universo miente.
Mel. Miente, sí, miente : mas importa
mucho
Que limpia ante él aparécais, señora,
Y tal vez haya medio... Un hombre ahora
Me lo juró tambien...
Reina. (¡Cielos, qué escucho!)
Mel. Y no osando en la torre darle en-
trada,
Os escribí estas letras, y me dijo
Que podríais por él ser libertad
Reina. Dadme, dadme.
Mel. Leed.
Reina, leyendo. « Señora : si es im-
« sible que nos veamos, no olvideis que las
« leyes os permiten apelar al juicio de Dios ;
« y no ha de faltar una lanza que se rompa
« en vuestra defensa, mientras aliente quien
« está pronto á morir por salvar el honor
« de la reina de Navarra. »
Reina, representando. ¿Dónde está el
hombre
Que esta carta escribió?

Mel. Por un postigo
Que al río da, con misteriosa seña
Há poco me llamó y habló conmigo;
Mas si os inspira ese hombre confianza
Y os importa el hablarle,
Todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
Y entrará de las sombras al abrigo
Hasta vuestra prision.

Reina. ¡Oh! hacedlo, amigo,
Que ese hombre es mi esperanza.

Mel. Pues fiaos de mí: traza oportuna
Buscaré de traerle en el momento,
Mas que vuelva á salir de este aposento
Antes que empiece á despuntar la luna.
Tal vez un centinela le vería
Y todo de una vez se perdería.

Reina. Id, volad, caballero.
Mel. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?
¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
¿Es tal vez un amigo verdadero,
O es algun arrestado aventurero
Que se promete así cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas
No puso firma, ni señal, ni nombre.
En fin, quien quier que sea,
Pues me ofrecé una lanza
Que en la defensa de mi honor emplea,
Es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, Señor, que en la invisible altura
Tras la cortina azul del limpio cielo
Medís la intensidad de mi amargura,
No me dejéis morir en tanto duelo.
Solo del justo proteccion segura
Sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;
Atajad de los hombres la malicia,
Y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON RAMIRO, MELENDO.

Ram. Sí, se la mostraré.

Reina. ¡Vos!
(Reconociéndole á la luz de la lámpara.)
Ram. Yo, señora,
Que infatigable vuestro honor velando
Mostraré la justicia vengadora
Del Dios inmenso que os está juzgando.

Mel. Tomad, temo que alguno nos sorprenda.
(A Ramiro.)
Con ese saco tosco de soldado
Mostraos por si acaso disfrazado,

Y aquí que haceis la centinela entienda.

Ram. Gracias.

Mel. Mas breve sed, que el rey en breve
A la torre venir acaso debe.

Ram. Pocos momentos bastarán.

Mel. Yo guardo
El caracol estrecho...

Mas encajaos pronto ese tabardo,
Y á Dios.

Ram. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA, DON RAMIRO.

Reina. Caballero.

Ram., interrumpiendo. Escuchadme:
lo sé todo.

La diabólica astucia con que supo
Don García volver por raro modo
Contra vos lo que en él tan solo cupo:
Sé de Don Sancho y de la junta el fallo,
Y sé que me condena

A morir por ladrón de su caballo,
Lo cual me trae á mí con poca pena.
Sé que es justificarnos imposible
En plazo corto, que hartó enmarañado
El nudo veo de su trama horrible:

Mas sé tambien que el término alargad
De la sentencia vuestra, yo en mi brio
Y en mis razones vuestra causa fio.

Vos escribid al rey; vuestra inocencia
Protestad; como horrendo sacrificio
Apelad de su bárbara sentencia
Al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entre tanto á Don García
De vil calumniador, campo pidiendo
Para lidiar con él; esto en el día
Lo permite la ley, y no pudiendo
Negarlo á nadie, la victoria es mía.

Reina. Mucho fiais, mas ignorais sin duda
Que es preciso probar...

Ram. No os dé cuidado;
Secreto talisman tengo en mi ayuda,
Con el que todo me será allanado.

Reina. Vedlo todo despacio, y que no os
ciegue

Vuestro buen corazon; ese combate
Con un príncipe real tal vez se os niegue.

Ram. ¿Porque infante no soy? ¿Qué dis-
parate!

Con sola una palabra que á Don Sanch
Le diga yo al oído,
Le tengo de dejar tan convencido,
Que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.

Reina. Mas ved que Don García
Es hoy el justador mas afamado.

Ram. Por lo que hace á su esfuerzo es
cuenta mía.

Con tigres y leones me he probado,
Y no cedo á hombre alguno en osadía.

Reina. Mas si entre tanto vos en red traí-
dora

Caeis, y el plazo tiene fin...

Ram. Señora,
Ya os he dicho que puede mi palabra
Hacer temblar al rey: pero primero
Fuerza es que paso á su justicia me abra,
Siendo de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aun me queda la esperanza
De esta palabra oculta: mas si venzo,
Con ayuda de Dios y de mi lanza,
De decirla á Don Sancho me avergüenzo,
Que él se avergonzaria al escucharla.
Si salvo, sin decirla, á la inocencia
Me vuelvo á desterrar de su presencia,
Antes que en su presencia pronunciarla.

Reina. Sér tan incomprendible y miste-
rioso,

Cuanto tenéis de bravo y generoso,
Arcángel protector de mi existencia
Que por dó quiera á la defensa mía
Salís, entre la niebla mas sombría
Vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿Quién sois? ¿qué recompensa
De mí esperais?

Ram. Ninguna: mas no hay
hombre

Que abraza con mas fé vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
Que dé por vos mas pronto la existencia,
Ni que por vos combata mas bizarro,
Mas premio sin buscar que su conciencia.

Reina. Mas decidme á lo menos vuestro
nombre,
Vuestro linage; sepa en quién espero.

Ram. Solo á vos le callara, y no os asom-
bre,

Si, sin ira ni horror le pronunciarais,
Valiera en vuestro labio el mundo entero.

Reina. ¿Mánchale el crimen?

Ram. No: pero
le odiárais.

Reina. ¿Con él á vuestro padre avergon-
zárais?

Ram. No.

Reina. ¿Sois pues...?

Ram. Vuestro solo ca-
ballero:

El solo amigo que valeros puede,
Y que todo por vos ha de intentarlo
Mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
En el cubo otra vez: si me descubren
Que aquí no os hallen. Diligente ahora,

Si os permiten con qué, al tremendo juicio
De Dios la apelacion tened escrita
Y confiad en él, que en este mundo
Solo de Dios el justo necesita.
Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO, DESPUES DON GARCIA.

(Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta
por donde entró la reina.)

Ram. Cierro por fuera:
Suben... veamos lo que aqui me espera.
(Se cubre bien con el saco de soldado,
aparentando estar de centinela.)

Gar., dentro. Ya basta, ¡vive Dios! me
importa hablarla,

Y órden traigo del rey.

(En la escena.) ¡Tanta osadía,
Y en defender la entrada tanto empeño
Ese necio Melendo!

Ram. ¡(Oh, Don García!)

Gar. ¡Tal vez tiene razon! ¿á qué su
sueño

Turbar...? tranquila acaso en su inocencia
Duerme, sin miedo á la fatal sentencia:
Mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me
agito

En continuo velar, y aquí en mi pecho
De la conciencia el torcedor maldito

Halla en mi corazon ámbito estrecho.
Sí, por dó quier me espanta mi delito,
Y en torno de mi mesa y de mi lecho
Ronda, y ante mis ojos se presenta,
Y ante mí marcha y ante mí se sienta.

Mas vengamos las necias aprensiones
Del corazon cobarde... es fuerza hablarla;
Apartaos, quiméricas visiones,
Este es el torreón... voy á llamarla.

(Don García va á poner mano al cerrojo
que ha corrido Don Ramiro. Este al
verlo avanza dos pasos hácia él. Don
García se detiene.)

Gar. ¡Mas cielos! ¿Quién está aquí?

Ram. Un centinela, señor,

Que juzga á inmenso favor

De Dios hallaros así.

Gar. ¿Qué quieres?

Ram. Solo un momento

Que me oigais...

Gar. No es ocasion;

Déjame.

Ram. Noticias son

Para vos de gran contento.

El que el caballo os robó...

Gar. ¿Cómo? ¿qué? ¿dónde está ese hombre?
¿Tú le conoces? ¿su nombre

¡El príncipe les acusa
De adúlteros y rebeldes,
Y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse á tanto
Grandes razones le escudan.
¡Oh! juro á Dios que si insisten
En su silencio, mi furia
Todo el rigor de las leyes
Les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY, DON PEDRO, MELENDO.

Mel. Aquí está.

Rey. Dejadnos solos,
Melendo. ¡El cielo me acuda!
(*Vase Melendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON PEDRO SESÉ.

Rey. Sesé, lee ese pergamino;
En él están todas juntas
Las graves acusaciones
Que á tí y á la reina imputan.
Los testigos que lo afirman
Y el príncipe que os denuncia,
Las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
Tienes, dámela: de no
Con madurez y mesura
Lo ha pesado de mis nobles
Y mis prelados la junta,
Y os sentencia como infames
A sufrir la pena última.

Ped. Señor, no habrá en vuestros reinos
Quien con mas valor la sufra;
Pero iremos al martirio,
Don Sancho, no á pena justa.

Rey. Pues bien, espícate, Pedro,
Líbrame ya de esta angustia.
Solos estamos aquí,
Solos; nadie nos escucha.
Por cuanto encierran sagrado
Cielos y tierra, si oculta
Hay en tu pecho una causa,
Una razon, una excusa
Que os justifique á mis ojos,
Por compasion, Sesé, búscala.

Ped. Señor, desde que mis hombros
Pudieron con la armadura
Hasta que el peso del casco
Me encalveció, la vez única
Es esta en que habeis tenido
En mi fé y en mi honra duda.
Amigo me habeis llamado,

Señor, desde vuestra cuna,
Como amigo os he servido
En vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa,
Os he velado en la oscura
Soledad del campamento,
Y en las lides mas sañudas
He puesto el pecho mil veces
Ante las lanzas morunas
Para defender el vuestro;
Y há cincuenta años en suma
Que las gotas de mi sangre
Se derraman una á una
Por vuestro honor y grandeza,
Por vuestra prez y ventura.
Jamás intenté venderos
Ni os han estraviado nunca
Mis consejos del camino
De la virtud; ¿y ahora juntas,
Creeis que al fin de una vida
Que tal lealtad ilustra,
Pude hacer tantas infamias,
Reo ser de tantas culpas?

Rey. ¡Oh! sí, sí, cuando recuerdo
Los fuertes lazos que anudan
Nuestra amistad, la limpieza
De tu honor, que no deslustra
Ninguna mancha bastarda,
Cuando oigo la voz robusta
Con que en tu favor me grita
Mi corazon, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas
Y mi conciencia se turba
Al ver que os condenan pruebas
Que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
Tuvisteis las lenguas mudas.
¿Porqué ¡vive Dios! porqué,
Si la inocencia os escuda,
No os defendeis de las leyes
Que os abren infame tumba?

Ped. Don Sancho, mil y mil veces
Os lo dije en oportunas
Ocasiones, vuestras leyes
Son incompletas y absurdas:
Con ellas el inocente
Sucumbe, el malvado triunfa,
Y los mas atroces crímenes
A su sombra se consuman
Acusa un vil á un sencillo,
Y con infernal astucia
Destruye todas las pruebas
Que han de obrar en contra suya,
Sus delitos le atribuye,
Como vuestro hijo, lo jura,
Los jueces vence indecisos
Y él para borrar su duda
Se ve jóven y alentado,

Ve que aquel á quien acusa
Es viejo, ó muger, ó débil,
Y con audacia segura
Dice: «Aquí estoy con mi lanza
Pronto á sostener mi injuria.»
La ley lo consiente, y siempre
Vence la fuerza y la astucia. —
¡Y vive Dios, rey Don Sancho,
Que á ser cual era robusta
Mi mano, yo con el príncipe
Empeñaria la lucha!
Mas ¡ay! el cielo á los débiles
Contra los fuertes no ayuda.

Rey. Mas esa es la ley que rige,
Y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
Pues ante ella te denuncian.

Ped. Rey Don Sancho, si en vuestra alma
No está escrita mi disculpa,
Si con vos no me defiende
Vuestra conviccion, que acuda
El verdugo; este es mi cuello;
Ni yo sé dar mas excusa,
Ni á saberla la daría:
Sabeis mi honor y mi alcurnia.

Rey. Mas esas pruebas...

Ped. Son falsas
Apariencias.

Rey. Pero abundan
Los testigos.

Ped. Son comprados.
Rey. Te han hallado veces muchas
En el cuarto de la reina
En altas horas nocturnas.

Ped. Velado he por vuestros reinos
Con ella, y las damas suyas
No faltaron de su cámara
Jamás.

Rey. Airada, disputa
Escandalosa mantuvo
Contra el príncipe en su pública
Antesala en favor tuyo.

Ped. Era su causa la injusta,
Y yo cumplia las órdenes
De mi rey.

Rey. Con maña astuta
Te sorprendió tus secretos.

Ped. Y yo sus tramas oscuras:
Supe que vuestro caballo
Era la señal oculta
De una rebelion.

Rey. Dispuesta
Para sofocar la tuya,
Para guardar de vosotros
Mi corona.

Ped. ¡Virgen pura!
A partir para obligaros
Vuestra dignidad Augusta,

Para obligaros en él
A hacer su total renuncia.

Rey. De eso os acusa á vosotros,
Que viendo que su bravura
Os malograba el proyecto,
Hicisteis por mano oculta
Robar mi mismo caballo,
Que era su señal última.

Ped. Ved lo que decís, Don Sancho,
Que el robo no fué obra suya
Ni nuestra, fué de un tercero
Enviado vuestro.

Rey. ¡Impostura
Semejante! ¿enviado mio?

Ped. No puede en eso haber duda;
Trajo vuestra firma y sello.

Rey. Mientes, traidor.
Ped. Vuestra injusta
Intencion veo, Don Sancho,
Manifiesta.

Rey. Y yo la tuya,
Pues de tus mismos delitos
Aun á mi propio me culpas.

Ped. ¿Negais vuestra firma y sello?

Basta, señor, que se ofusca
Vuestra razon, y olvidando
Vuestro decoro me insulta
Vuestro labio; y si creéislo
Como el labio lo pronuncia,
Sois fiscal que me acrimina,
No juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
Con ambiciosa locura,
Y yo el reino os defendía
Con voluntad absoluta:

Si á mi sus faltas me cargan
Y mi lealtad me usurpan,
Y escuchais vos las palabras
De los que así me calumnian,
Yo os juro, rey, por el Dios
Que se asienta en las alturas,
Que me sirven de vergüenza
Las heridas que me cruzan
El pecho, que por tí espuse
Con lealtad bien estúpida.

Rey. Con esas mismas palabras
Protesta quien os acusa.

Ped. Pues miente como un villano.
Rey. Es mi sangre.

Ped. La que nunca
Mereció ver en pro suyo
Mi espada leal desnuda.

Rey. ¡Traidor!

Ped. El no haberlo sido
Es el pesar que me abruma

Hoy, que hácia mí sin razon
Vuestra voluntad se muda.

Rey. ¿Sin razon? ¡viven los cielos!